

EL SABOR DE LA COMPLICIDAD

# El lenguaje del amor

En el principio era la palabra y la palabra flotaba sobre las aguas, dice el libro *Génesis* de la Biblia. Una palabra puede construir o destruir a una persona, a una sociedad, a un mundo. ¿Qué no hará en el dormitorio?

Por: Psicólogo Sexólogo Silvestre Faya  
Foto: Archivo Siglo Nuevo

Los seres humanos nos comunicamos a través de un lenguaje de sonidos, signos y señales visuales. El lenguaje, por definición, es la cristalización del pensamiento.

La comunicación nos permite construir nuestra realidad, comunicar los propios sentimientos y mantener un lazo de unión y pertenencia con el medio social en donde vivimos. Y gracias a la unión de la imaginación y el lenguaje podemos fabricarnos un mundo mejor o peor del que tenemos.

En el terreno personal, el sonido más agradable a nuestro oído es el de nuestro nombre. Con el paso del tiempo y la llegada de una relación romántica, el sonido más bello es el nombre de nuestra pareja, y las mutuas palabras, gestos y señales aumentan o disminuyen la atracción y pasión amorosa. Un vocabulario nuevo, propio, hace única a la pareja.

Su llamado al amor se encubre de señales visuales, signos y palabras que si bien ante los ojos de los demás tienen un significado, para los amantes adquieren otro: el de la complicidad. Y llamamos amantes a aquéllos que se aman y desean seguirlo haciendo, y que lo hacen con fogosidad como cuando se tiene mucha hambre y lo que se come no termina de saciar.

El apetito de los amantes los lleva a la seducción que literalmente significa llevar a parte, ¿a dónde? Pues a donde el amor alcanza su máxima expresión, a lo íntimo, lo privado, a lo compartido sólo con la pareja, es decir, conducirlo al abrazo que se desea nunca termine... al clímax.



#### PALABRAS Y ACCIONES

Las palabras anticipan las acciones, las previenen, las incitan. La pareja usa su lenguaje personal erótico para llamar a la seducción haciendo referencia a lo que le es grato: el rostro, el cuerpo, los órganos sexuales, cada rincón de su anatomía íntima.

Una lluvia de palabras hace cada encuentro único, tal y como lo describen los poemas del erotismo en *El Jardín Perfumado*, *El Cantar de los Cantares*, o los antiquísimos libros del pueblo Indio *El Kama Sutra* y el *Ananga Ranga*.

Cada postura que se asuma para aumentar la pasión,

es propuesta por el lenguaje íntimo de los amantes. Su repertorio privado constituye su más preciado tesoro, así, cada instante es irrepetible y quien conoce este secreto erótico siempre será anhelado por su amante.

El lenguaje del amor da espacios para la añoranza. Año-

ranza de lo vivido y compartido. Nunca dos amantes tuvieron más necesidad de estar juntos que cuando llega una separación forzosa. Bien dice Igor Caruso en su libro *La separación de los amantes*: “No existe mayor dolor que la separación contraria al deseo de los amantes”.

El lenguaje del amor va más allá de las palabras, se alimenta de todas las sensaciones que juntos se vivieron: olores, roces, miradas, cercanías y distancias. La química perfecta del amor es un lenguaje que puede ser expresado en el silencio.

## APODOS Y OTRAS EXPRESIONES

Muy variado es el vocabulario que manejan las parejas; abundan los apodosos como flaco(a), o su contrario, gordo(a), chaparro(a); y los diminutivos como chiquita(o), mirruñita, cosita; y superlativos como bellísimo(a), preciosote(a); hasta neologismos extraños como miñuñis, moñoñongo, puchunguito, etcétera.

El uso de estas denominaciones personales cubre el territorio de la intimidad de la pareja y de acuerdo a como se digan, los amantes se dan a entender si desean pasar del



escarceo verbal a una franca relación sexual.

No existe un ser humano sobre el planeta que cuando menos alguna vez se haya visto señalado con estos apodosos o diminutivos y, no necesariamente por su amante, ya que también quien tiene la intención erótica con otra persona puede ponerle algún apodo o diminutivo, van unos ejemplos: “Esa chaparrita es mi novia, sólo que ella no lo sabe” o “Aquel grandote lo quiero de aguacate para embarrarlo en mi bolillo”.

Y si de denominaciones extrañas está lleno el argot erótico, imaginemos los apelativos que se dan a ciertas partes del cuerpo, y más entre los amantes quienes, con toda confian-

za y ya en la cama, pueden dar rienda suelta a su imaginación. Así, las nalgas son pompas, trasero, asentaderas, etcétera; y el busto es llamado bubis, senos, cántaros, lecheras, pechugas... Del pene ni hablar, éste recibe una cascada de denominaciones siendo las más frecuentes palo, plátano, macana, chile, reata. Y la vagina es etiquetada como peluche, oso, teléfono, empanada, bizcocho, panochita y muchos más.

Esta amplísima gama de denominaciones sirve para incitar y excitar a la pareja. Y aceptar que nos digan de una u otra forma depende de cada persona. Lo que sí es innegable es que todo ser humano que circule por el mundo es

potencialmente un objeto sexual para otro; no existe hombre o mujer feo(a) que no pueda despertar en otro ser humano el deseo erótico. Esto, aunque a algunas personas no les guste, es la realidad. Queramos o no, somos atractivos para alguien más en el mundo, y esto invita a que en cualquiera momento alguien nos diga: chiquitito(a).

Finalmente, se debe decir que el lenguaje de la pareja combina sensaciones lúbricas, cachondeos, miradas insinuantes y, todo con el fin de llegar al clímax sexual; éste es el material más fuerte que une a la pareja, el máximo placer compartido, el orgasmo. §  
**Correo-e: sexologosilvestrefaya@hotmail.com**